

á solas con su dama de honor, Juana Dormer, casada también con un español, el conde de Feria, que había partido igualmente para los Países Bajos; ó bien escapábase al campo, entraba en la cabaña de los labriegos, buscaba á los rapazuelos, los acariciaba y prometía ser

madrina de los que iban á nacer. «Ha gemido mucho la pobre señora, dice Noailles (1); las tribulaciones le han servido de tan ordinario sustento desde los primeros tiempos de su juventud como el pan de cada día.»

Todas estas tristezas se desvanecieron como



Enrique II de Francia.—Copia de un grabado en cobre de Estéban de Laulne (1510-1595)

por ensalmo tan luégo como Felipe reapareció ante ella. Pero ¿podía ella arrastrar sin pretexto la Inglaterra á una guerra con Francia sólo porque él se lo exigiera? Había declarado solemnemente á nuestro embajador que creería ofender á Dios si tal hiciera (2); y cuando Noailles insistía para obtener de ella un acta escrita: «¿Qué seguridad, le contestaba, podeis desear mayor que mi palabra, á la cual he resuelto no

faltar mientras viva? (3).» Pero la palabra dada á un extranjero no podía ménos de olvidarse, cuando se olvidaban los agravios del ingrato que se sometía á su amor. Los abrazos de reconciliación conyugal decidieron el rompimiento entre Inglaterra y Francia; la amargura que quedaba en el corazón de la reina se derramaba contra su parlamento cuyas resistencias y dilaciones retardaban esta declaración de guerra, con la cual debía reconquistarse el corazón del

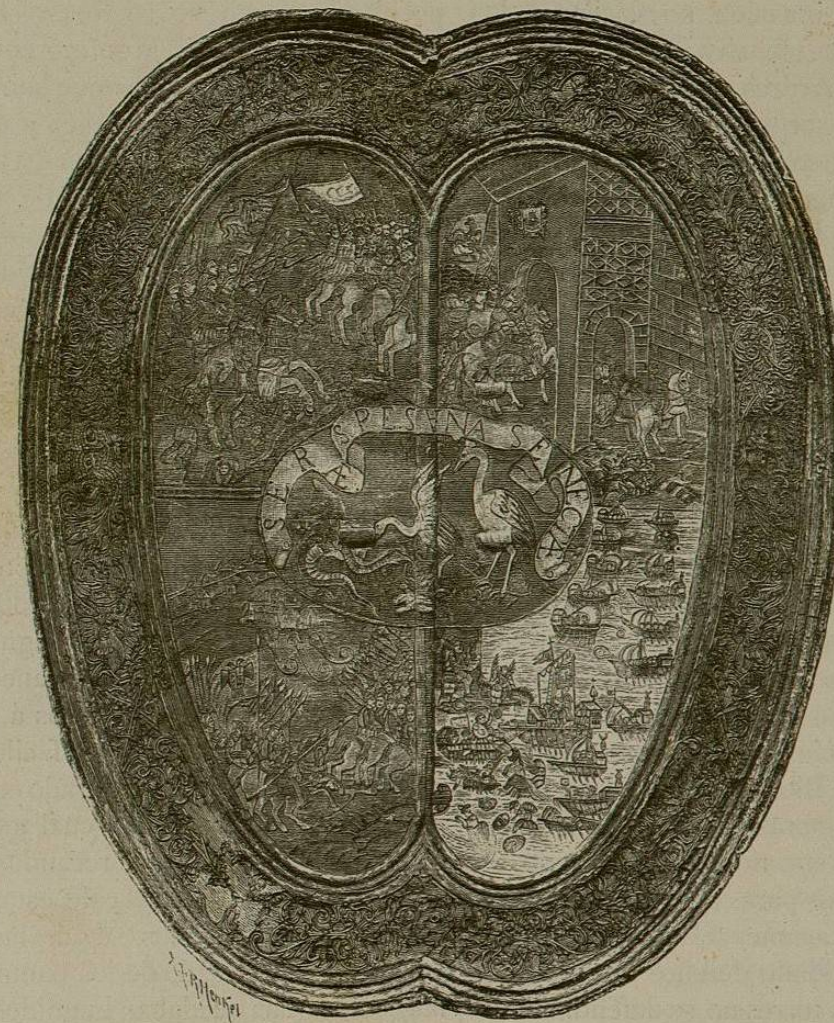
(1) Colec. Vertot, tom. V, pág. 172.
(2) Ibid. tom. II, pág. 339.

(3) Colec. Vertot, tom. III, pág. 39.

esposo. En fin; un heraldo vino á anunciar á Enrique II la ruptura. «Ya preveía yo esta guerra, contestó ligeramente el rey de Francia, como quiera que es la prenda de la sumisión de vuestra reina á su marido» (1).

María suministró á su esposo ocho mil sol-

dados y dinero inglés. Felipe reconoció más adelante que «había recibido siete mil libras y algunas joyas para pagar ciertas tropas alemanas» (2); á estas muestras de amorosa deferencia contestó él con una partida inmediata. Había llegado allá el 20 de marzo, y se embar-



Escudo de Felipe II (Armería real de Madrid)

có para Flandes el 3 de julio. María no volvió á verlo más.

IV.—Batalla de San Quintin

No tomó el mando de su ejército y estúvose en Bruselas y despues en Valenciennes los primeros dias de la campaña (3). Desde léjos dirigió sobre Francia, desguarnecida de tropas, un ejército de más de cincuenta mil hombres (4) al mando del duque de Saboya.

Manuel Filiberto, duque de Saboya, despo-

(1) Leti, lib. XII, pág. 280. El 7 de junio de 1557.
(2) Memorias de la real Acad. de la Historia, tom. VII. Carta de Feria del 21 noviembre 1558. «En el hecho era verdad que la reina María le había dado de una vez siete mil libras y algunas joyas de valor para pagar ciertas tropas alemanas.»
(3) Doc. inéd. tom. IX, pág. 486. Es una Memoria muy curiosa sobre esta parte de la campaña, escrita por uno de los principales oficiales del ejército. El Ms. está en la biblioteca del Escorial.
(4) La mayoría de los historiadores dicen 47,000 hombres; pero no incluyen en este número el contingente inglés de 8,000 hombres que llegaron ántes de la batalla.

jado en nuestras conquistas de la totalidad de sus estados (5), tenía entonces veintinueve años. Poseía cualidades que rara vez se adunan, el vigor corporal y una inteligencia muy bien cultivada, indomable fuerza de voluntad y cierta flexibilidad de carácter. Se le había visto un mes entero sin quitarse la armadura; admiraba á los ingenieros con su ciencia matemática (6); en su correspondencia échase de ver un estilo preciso y á las veces mordaz (7). Para él era la guerra un oficio lucrativo: compraba á los soldados los caballeros prisioneros «á vil precio y

(5) Su madre, Beatriz de Portugal, era hermana de Isabel de Portugal, mujer de Carlos V. «Era orgullosa y estaba infatuada de gloria, como esta; no paró hasta conseguir que su marido declarase la guerra á Francia, de que le vino daño, pues fué despojada de sus Estados y por el despecho de haber sido ella la causa, murió en Niza como desesperada.» Brantome.
(6) Rel. ven. Giov. Francesco.
(7) Papeles de Estado de Granvela, tom. V.

«después sacaba grandes rescates» (1). Los hombres de guerra de su ejército preferían al conde de Egmont, gallardo flamenco de fino semblante. Pertenecían á todas las naciones, españoles, italianos, flamencos, ingleses, del Franco-Condado; pero los alemanes estaban en gran mayoría.

Para contener la invasión, no vacilaron los franceses en tomar la ofensiva: Coligny reunió las guarniciones de Ardres, Boloña y Perona, é intentó entrar por sorpresa en Douai, la noche de la Epifanía (2); pero una mujer vagaba por las murallas, vió echar las escalas y dando gritos de alarma, salvó la ciudad. Con más lentitud se organizó el ejército del duque de Saboya: este tomó á Hesdin, entretúvose luego en simular un ataque sobre Rocroy primero, y después sobre Guisa; pero el duque, escribe Felipe, tiene la intención de volver rápidamente á la derecha y caer sobre San Quintin antes que los franceses hayan podido guarnecer esta plaza (3). En efecto, el ejército de invasión se presentó de repente delante de San Quintin.

San Quintin era una ciudad «más grande que Madrid con sus arrabales (4),» muy rica, porque «era un almacén de diversas mercancías que se trasportaban á los Países-Bajos (5), y en disposición de pagar cien mil ducados de impuesto anualmente» (6). Bien que en aquella época fuera una de las primeras ciudades de Francia y próxima á la frontera, no había pensado en hacer ningunos gastos para conservar ni menos aumentar sus fortificaciones; el rey por su parte tampoco se había cuidado de ello. Las murallas estaban ruinosas, las torres no se defendían mutuamente; no había viveres para más allá de tres semanas; la guarnición no llegaba á cuatrocientos hombres con menos de cien arcabuceros. A esta plaza tan desmantelada fué Coligny á encerrarse con algunos hombres y el ingeniero provenzal Saint-Remi, uno de los antiguos defensores de Metz. Desde su llegada vió atacar el arrabal de la Isla, separado de la ciudad por un pantano. Notó Saint-Remi que los sitiadores, emboscados en un grupo de casas techadas de paja, estaban á cubierto de los arcabuces, é hizo lanzar contra aquellos techos inflamables flechas que llevaban unos cucuruchos de papel llenos de azufre y estaban provistos de una me-

(1) Brantome.

(2) El 6 de enero de 1557. Doc. inéd. tom. II, pág. 463, Felipe á Fernando, 9 enero 1557.

(3) Doc. inéd. tomo II, pág. 487, Felipe á Fernando, Valenciennes, 3 de agosto de 1557.

(4) Doc. inéd. tom. IX.

(5) Rabutin, Guerra de Bélgica, lib. IX, pág. 689.

(6) Doc. inéd. tom. IX.

cha encendida. El choque prendía fuego al azufre é incendiaba las casas con asombro de los españoles. Pero su artillería no tardó mucho en hacer inhabitable el arrabal. Coligny lo incendió con los puentes al evacuarlo, y avisó á su tío el condestable que no podría conservar la plaza sino muy pocos días, como no se le enviaran refuerzos.

El condestable de Montmorency permaneció en la Fère con las tropas que había podido reunir y que no pasaban de diez y ocho mil hombres. Sin otros recursos pretendía avanzar por en medio del ejército del duque de Saboya, lanzar un millar de soldados en San Quintin y replegarse rápidamente al punto de partida. El proyecto era temerario, pero hubo de parecer fácil su ejecución en los primeros momentos. El 10 de agosto á las 9 de la mañana, el escaso ejército francés apareció súbitamente al través de las líneas de los sitiadores y estableció una batería de diez y seis cañones alrededor de un molino con bastante fortuna para cubrir de balas á los españoles antes de que hubieran podido tomar las armas. Filiberto tuvo que abandonar su tienda y retirarse á la del conde de Egmont, mientras una columna de infantería francesa se dirigía por en medio de los pantanos á San Quintin. Pero el soldado no conserva fácilmente la serenidad cuando se ve aventurado en medio de un ejército numeroso, por lo cual todos se daban prisa en ponerse á buen recaudo tras los muros de San Quintin. A causa de esta precipitación no podían los soldados seguir las sendas y se desviaban á lo hondo de los pantanos, en cuyas fangosas aguas quedaban hundidos y aún ahogados (7). Con esto, menos de doscientos pudieron penetrar en la plaza. Montmorency, que veía desde lejos correr á nuestros hombres y empujarse hácia los malecones, no se aprovechó del corto momento de victoria para ordenar la retirada, esperando que llegaran los barcos para llevar por agua á San Quintin los refuerzos; pero los barcos estaban á la cola del ejército y no llegaron sino dos horas largas después que nosotros (8). El príncipe de Condé y los jefes principales apremiaban al condestable á que replegara el ejército. El anciano los despedía con rudeza y les ofrecía mostrarles *un ardid de antigua guerra* (9); creía que no tenía que temer nada del enemigo, el cual se iba rehaciendo mientras tanto. «No podían venir contra nosotros á causa de un gran pantano que nos separaba y un rio

(7) Rabutin, Comentarios.

(8) Mergey, Memorias.

(9) Tavannes, Mergey.

que pasaba por en medio» (1); pantano y rio que cruzaba una calzada; pero «habían asegurado al condestable que no podían pasar por él más de cuatro caballos de fondo» (2); con lo cual se necesitaban lo menos cuatro horas para tener al frente enemigos que combatir. Mientras el condestable se fiaba en los informes que le habían dado, el duque de Saboya iba á reconocer por sí mismo el paso, y viendo que admitía hasta cuarenta hombres de fondo, hacia pasar en silencio su caballería y la formaba en orden de batalla sin cosa de precipitación (3).

Dióse parte de ello á Montmorency «y todavía agrava su falta enviando un escuadrón de raitres, gente poco aguerrida, á estar á la mira en el punto más importante» (4). Estos raitres hacen lo que hacían siempre los jinetes alemanes cuando se hallaban en presencia del enemigo; emprender la fuga. El condestable, que «apenas cree lo que está ya viendo», ordena en fin la retirada «esperando aún poder hacerlo sin combate»; pero entonces teníamos ya á retaguardia siete mil jinetes de España y del Franco-Condado vestidos de casaca azul y banda roja. Su jefe, don Enrique Manrique, vacila en acometernos sin previa orden, ó acaso esperara la infantería, que no había pasado aún el pantano. Ve detrás de sí esta tropa que avanza con ardimiento (5), y delante «la espalda de los que se retiraban» (6), y no pudiendo resistir á la tentación, parte al galope con su caballería.

Los más valientes se defienden mal en una retirada: el deber de retirarse justifica al parecer la idea de huir. El conde de Enghien se vuelve sin embargo contra los españoles, manda a decir al condestable que no quería morir por la espalda y cae con once heridas. Los demás, en su mayor parte quedaron muertos ó prisioneros en la fuga. «Difícil es sacar en limpio por dónde y por quién hubo de comenzar aquel desorden, como quiera que acaeció de súbito; fuera de que no hay ya hombre á quien el despecho ó el miedo no se lo haya borrado de la memoria (7).» Nuestros cinco mil mercenarios alemanes rindieron las armas sin intentar siquiera combatir (8); Montmorency recibió un pistole-

(1) Mergey.

(2) Tavannes.

(3) Mergey.

(4) Tavannes.

(5) Doc. inéd. tom. IX, pág. 486. «Y viendo de vista la infantería que marchaba á furia, el dicho Enrique cerró con ellos y luego le siguió toda la caballería.»

(6) Tavannes.

(7) Rabutin, Comentarios, pág. 689.

(8) Doc. inéd. tom. IX.

tazo que le rompió una pierna y quedó prisionero, habiendo perdido en la jornada seis mil hombres muertos, seis mil prisioneros, cincuenta banderas, y toda la artillería: el resto del ejército se refugió en la Fère, quedando así Francia completamente abierta al rey de España.

Mientras se daba la batalla, Felipe II estaba encerrado en Cambrai escribiendo cartas (9). Al saber la victoria mandó que echaran á vuelo las campanas de la ciudad y corrió á presentarse á su ejército, no sin cierta confusión por no haber asistido á la batalla, según así se lo confesaba á su padre en su carta del día siguiente: «Mi pesar de haber estado ausente supera todo cuanto Vuestra Majestad puede suponer (10).» No menos pesaroso estaba Carlos V (11); pero se preocupaba, sobre todo, de las medidas que tomaba su hijo para aprovecharse de aquel prodigioso triunfo, y «todavía tan religioso y medio santo como era, no pudo resistirse á la tentación de preguntar si aprovechándose bien de la victoria, había llegado á las puertas de París (12).»

Esta marcha sobre París, soñada por Carlos V, fué aconsejada al parecer por el duque de Saboya. Podía creerse fácil hacer prisioneros los últimos fugitivos que quedaban en la Fère y dar un asalto afortunado á las ruinosas murallas de nuestra capital á fin de apoderarse de Enrique II y su familia. ¿Fué sólo exagerada prudencia lo que contuvo á Felipe haciéndole temer, en caso de un revés, una retirada tan desastrosa como las de su padre, que «entraba en Francia, según frase de su mismo hijo (13), comiendo pavos reales y salía comiendo raíces?» ¿O bien juzgó imposible arrancar su ejército á la rica presa que tenía entre sus manos, la ciudad de San Quintin, privada de guarnición, abandonada sin esperanzas de socorro y en la necesidad de rendirse acaso el día siguiente? ¿No hubieran las tropas mostrado más ardor en el ataque de París haciéndoles gozar primero las delicias de un pillaje?

V.—Pérdida de San Quintin

Parece prudente este plan, porque rara vez se ve que las plazas sitiadas continúen su resistencia, después de la derrota del ejército de socor-

(9) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 120.

(10) Carta del 11 de agosto, legajo de Yuste.

(11) Carta de Luis Quijada á Juan Vazquez, legajo de Yuste. «Siento que no se puede conocer de que su hijo no se hallase en ello.»

(12) Brantome. Esta aserción es completamente exacta, pues está confirmada por una carta de Quijada del 10 de setiembre (legajo de Yuste): «Que ya debería estar sobre París.»

(13) Cabrera, libro IV, cap. VIII.

ro. Pero Coligny gritó al puñado de valientes que lo rodeaban: «Si me oís decir algo que se asemeje á cosa de rendicion, arrojadme al foso por encima de las murallas; si entre vosotros hay alguno que hable de eso, haré otro tanto con él (1).» ¡Gloriosa leccion! Una plaza sitiada debe defenderse siempre, aún sin probabilidades de salvacion. Sólo con setecientos hombres contra cincuenta mil se mantuvo Coligny detrás de aquellos arruinados muros el tiempo suficiente para darlo á que viniera la estacion de las lluvias; y cuando sucumbió, las arcillosas tierras (2) de los valles de Aisne y del Oise no permitian ya el paso de la artillería: la campaña estaba terminada; Francia á salvo.

Pero no sucumbió sin hacer pagar cara su derrota. En vez de ocupar la ciudad el día siguiente de su victoria, tuvo Felipe II que abrir trincheras y extenderlas hasta el borde mismo de los fosos (3), derribando á cañonazos lienzos de muralla, cuya fábrica estaba tan ruinosa que en cuanto se cuarteaban los remates, derrumbábase de suyo el resto, hiriendo y aún matando á muchos sus escombros (4). Cerrábase las brechas con toneles llenos de tierra, pero no eran posibles las salidas: hubieran sido menester, al decir de los mismos españoles (5), ocho mil hombres para defender la plaza y Coligny apenas tenía la décima parte. El 21 de agosto, once horas despues de la batalla, hizo Coligny salir de la ciudad mil doscientas mujeres para economizar víveres. Los españoles las hubieran recibido bien (6); pero las desgraciadas fueron á dar en el campo de los alemanes y fueron recibidas á arcabuzazos. El día 25 hay sesenta piezas en batería, y once brechas en las murallas bastante anchas para que puedan dejar paso á tres hombres de frente; pero hasta dos días despues, el 27 de agosto, á las ocho de la mañana, no se intenta el asalto, que dan, por las once brechas á la vez, diez mil españoles, cuatro mil alemanes y dos mil ingleses. A esta enorme masa se añaden los demás alemanes del ejército, atraídos por la codicia del pillaje (7). Los franceses son setecientos diez, número exacto de los muertos y heridos, y no son exterminados por aquellas masas hasta las tres ó cuatro de la tarde. A esta hora comienza en fin el saqueo

(1) Coligny, Memorias.

(2) Doc. inéd. tom. IX.

(3) Ibid. pág. 497.

(4) Rabutin, Comentarios.

(5) Doc. inéd. tom. IX.

(6) Ibid.

(7) Ibid. tom. I. «Por codicia del saco.»

tan ansiosamente esperado y se encarnizan hasta con los muertos, á quienes despojan y abren buscando monedas hasta en su estómago y sus intestinos. «Vé, dice un capitán español (8), muertos completamente desnudos, con el vientre abierto y las entrañas fuera: muchos soldados pillaron cerca de dos mil ducados.» Hasta arrancaron la plancha de cobre que adornaba la fachada de la casa de la ciudad (9). El rey había dado orden de respetar á las mujeres; pero todos los alemanes del campamento, que habían entrado á la zaga de los asaltantes, desnudaban á las mujeres y las palpaban grotescamente para ver si ocultaban dinero, y aún salían bien libradas, pues solían cortarles la cara ó los brazos con sus cuchillos (10). Iban á gavillas de cincuenta ú ochenta, y despojaban uno á uno de su botín á los españoles que acertaban á pasar á su alcance. De este modo tuvieron los alemanes «casi todo el provecho; y si algún español se resistía, lo mataban y se lo quitaban todo. Pero eran tan numerosos que tenían que aparentar los jefes que no lo echaban de ver (11).» Este latrocinio sublevó á los demás nacionales, y el general inglés escribía: «Nadie podía guardar nada con aquellos alemanes, que demostraron tal barbarie como jamás ha producido la codicia del lucro (12).» Cuando se les ordenó que salieran de la ciudad el día siguiente, prendieron fuego á las casas segun su costumbre y era la mayor lástima, dicen los españoles, ver arder entera una ciudad tan bella (13).

Felipe II creyó ya terminados los desórdenes el tercer día y entonces hizo su entrada en la ciudad: fué pisando montones de plumas escapadas de los colchones que habían abierto y vaciado buscando el dinero oculto, pasó por entre cadáveres desnudos cuyos restos devoraban los perros, y no pudo penetrar en la catedral que estaba

(8) Doc. inéd. «Despues de muertos y desnudos en carnes, los abrian por los estómagos; yo vi uno que le sacaron las tripas por el estómago.»

(9) Fué restablecida en 1853; vense aún sobre la casa de la ciudad los versos de Santeuil que celebran esta defensa:

*Bellatrix í, Roma, tuos nunc objice muros!
Plus defensa manu. plus nostro hac tincta cruore
Mentia laudis habent; furit hostis et imminet urbi:
Civis murus erat, satis est sibi civica virtus.*

(10) Doc. inéd. «Las desnudaban en camisa y las buscaban si tenían dineros; porque dijese dónde tenían los dineros, las daban cuchilladas por la cara y á muchas cortaron los brazos.»

(11) Ibid. «Y como hallaban españoles con presa, se la quitaban por fuerza, y así fueron ellos los que llevaban más parte del saco, y si algo resistían á no dárselo, los mataban, y también se salían con ello. Se disimuló con ellos, aunque lo hacían públicamente.»

(12) Tytler, *Edward and Mary*, tom. II, pág. 493, the earl of Bedford to Cecil: «They had now showed such cruelty as the like hath not been seen for greediness.»

(13) Doc. inéd. tom. IX. «Que era la mayor lástima del mundo.»

llena de inmundicias (1) é infectada. Mandó á la Fère á cuantos quedaban con vida, y entre ellos unas tres mil quinientas mujeres desnudas, hambrientas y heridas. Hubiérase dicho que era aquello otra Jerusalem destruida (2).

Entretenido por la defensa, primero, y despues por el pillaje, Felipe II pudo temer un momento que pereciera de hambre su ejército: todos los carros habían sido ocupados por los alemanes para llevarse el botín y los medios de transporte faltaban para acarrear víveres. Entre tanto comenzaron las lluvias: irritados con los alemanes, los ingleses abandonaron el ejército; los alemanes mismos, satisfechos de sus hazañas, se vendieron á Enrique II, y vinieron por regimientos enteros á incorporarse al grueso de nuestro ejército en Paris. Todavía pudo Felipe tomar á Castelet, Ham, Chauny; pero el ejército se desbandaba: el mal tiempo hacia correr el riesgo de perder lo que se había ganado y sobre todo la reputacion (3). El rey escuchó esta advertencia de su fiel obispo de Arras, y volvió á Bruselas, despues de haber acantonado los tercios españoles en sus cuarteles de invierno.

VI.—Toma de Calais

Fué una falta. Siempre es peligroso desarmarse en presencia de un adversario á quien no se ha reducido á la impotencia. Francia no había perdido en esta desgraciada campaña más que cinco ciudades de Picardía y algunos millares de soldados. Aún poseía sus ejércitos de Italia, sus guarniciones y sus recursos. La moral estaba profundamente abatida, pero un golpe feliz podía levantarla. Así lo comprendió el duque de Guisa cuando volvió de Nápoles, y en su virtud adoptó un audaz proyecto que hubo de sugerirle un eclesiástico. Cuando el protonotario de Noailles, ya obispo de Dax, pero privado de su embajada á causa de las hostilidades, volvió de Londres, desembarcó en Calais, y observó sin afectacion esta ciudad francesa de que eran dueños los ingleses hacia doscientos años, echando de ver que las murallas se hallaban en mal estado

(1) Doc. inéd. t. IX. «Llena de inmundicias y huele muy mal.»

(2) Ibid. «Y me pareció otra destruicion de Jerusalem.» Todos los hechos indicados en la narracion anónima de los Doc. inéd. están confirmados por dos documentos importantes: 1.º La relacion oficial enviada por Felipe II al emperador Fernando el 29 de agosto de 1557 (Doc. inéd. tom. II, pág. 494); y 2.º por el testimonio de Cabrera, tom. 1.º pág. 181-191, que tiene casi el valor de una narracion contemporánea, como quiera que el abuelo del historiador tuvo mando de tropas en el ejército sitiador, y su padre fué uno de los primeros que entraron en la plaza.

(3) Papeles de Estado de Gravela: «No veo cómo se puede hazer sin farse demasiado en el tiempo tan incierto en esta sazón, por donde se pornia lo ganado en gran peligro y más la reputacion.»

y que la guarnicion era poco numerosa. El duque de Guisa comprobó estos informes con los que le dieron hombres de guerra experimentados, como Senarpont y Vieilleville; y concentró cautelosamente las tropas que se le reunieron durante los últimos meses del año. Los papeles se habían trocado: á nuestra vez poseíamos un ejército mientras Felipe II había diseminado el suyo. Por entre las plazas que él ocupaba pasó Guisa el Somme mientras se le suponía ocupado en Compiègne con las devociones de Navidad, y apareció á vista de Calais en la madrugada del 2 de enero (4), tomó los fuertes exteriores y dirigió sus baterías contra la ciudadela en la boca del muelle (5).

Ni Felipe II ni los ministros de su esposa estaban en disposicion de parar estos golpes fulminantes. Felipe á lo ménos supo enviar de Amberes y de Dunkerque sus barcos para tomar tropas inglesas en Douvres, y trasportarlas en socorro de Calais. Pero los navíos de España no encontraron ningunas fuerzas preparadas para embarcarse. Los ingleses los obligaron á alejarse de sus costas, sintiendo renacer en su ánimo la ojeriza contra una nacion que los había arrastrado á una guerra cuyos desastres sufrían ellos solos; quejábanse de las condescendencias de su reina para con su marido, de la incapacidad de sus ministros que no habían hecho ninguna reparacion en los muros de Calais y malversaban las diez mil libras votadas anualmente para el mantenimiento de una guarnicion de dos mil hombres. Lord Wentworth, gobernador de Calais, no tenía más que quinientos hombres. Felipe envió á Guines las guarniciones de Gravelinas y de Hesdin, al mando de Benicourt, gobernador del Artois (6); pero el duque de Guisa dirigía las operaciones con tal anhelo, el deseo del desquite daba á las tropas tal ardor, que Guines capitulaba despues de Calais (7). En diez y ocho días fueron expulsados de Francia los ingleses.

Mientras nosotros nos rehacíamos rápidamente, pocos días despues del desaliento de la derrota, Felipe II no encontraba ya más que odio en Inglaterra. A su ofrecimiento de recobrar á Calais con un contingente inglés, contes-

(4) De 1558.

(5) Doc. inéd. tom. II, pág. 514. Relacion oficial de Felipe II al emperador, 19 enero 1558.

(6) Doc. inéd. tom. II, pág. 517.

(7) Calais fué saqueada, á pesar de las órdenes del duque, por los mercenarios alemanes del ejército francés. Véase la misma relacion oficial de Felipe II (ibid. Carta del 19 enero 1558). «Los alemanes comenzaron á matar y á saquear.»